

y que el único medio de salvarse de ser delatados y perseguidos, era quitar la vida á los que tenian seguros. La plebe acogió el pensamiento con gritos espantosos, y se dirigió á la alhóndiga de Granaditas, marchando á la cabeza el platero Lino. Detenida la muchedumbre por la

1810. guardia que custodiaba á los presos, com-
 Noviembre. puesta de una compañía del regimiento de infantería, á las órdenes del capitán D. Mariano Covarrubias, insistía en entrar, aunque no se atrevía á forzar el paso. En esos momentos llegó á pasar por el camino que va á las minas, frente á la esquina de la misma alhóndiga, la comitiva de generales y jefes que salían de la ciudad con D. Ignacio Allende. Uno de ellos, que no llegó á saberse quién fuera, pues no era fácil en aquellos instantes de confusión, quedándose un poco atrás dirigió la voz á la plebe, diciéndola: «¿Qué hacen, que no acaban con ellos?» Estas palabras, que no las oyó Allende porque iba adelante con Aldama y los principales de su ejército, acabaron de decidir á la multitud á lanzarse sobre la alhóndiga. Allende, Aldama y Chico, que no tuvieron conocimiento de la imprudencia cometida por quien no iba al lado de ellos, imputan exclusivamente el hecho á la plebe, según se ve en sus declaraciones; pero del proceso formado algun tiempo despues al capitán Covarrubias, consta que las palabras fueron pronunciadas por uno de los jefes que se alejaban (1). Excitando entonces

(1) D. Lucas Alaman, que así lo asienta, dice que «todas las noticias relativas al proceso formado á Covarrubias, las debe al Sr. D. Benigno de Bustamante, bien impuesto del hecho por ser su primo Covarrubias».

el platero Lino á la multitud, se lanzó ésta á la puerta

1810. de la alhóndiga con ímpetu terrible para
 Noviembre. penetrar en el edificio y degollar á los europeos que estaban presos. La guardia, compuesta, como he dicho, de una compañía del regimiento de infantería, armada de lanzas y á las órdenes del capitán D. Mariano Covarrubias, se vió atropellada. Don Mariano Liceaga, procurando impedir la entrada á las enfurecidas masas, hirió con el sable á varios de los amotinados, despreciando el peligro por conservar el orden; pero pasándose á la plebe una parte de la misma guardia, cayó herido en tierra de una pedrada, y con dificultad logró salvar la vida. Llegaron en seguida D. Pedro Otero, el sargento Francisco Tovar y el cura D. Juan de Dios Gutierrez con algunos eclesiásticos; pero siendo muy corta la fuerza que se habia mantenido fiel, fué ya imposible contener el desorden y evitar la entrada. El pueblo penetró en la alhóndiga como desbordado río, y se arrojó enfurecido tumultuariamente á la matanza, degollando en breves instantes á la mayor parte de los doscientos cuarenta y siete presos que por disposición del cura Hidalgo se pusieron en aquel lugar para que estuviesen custodiados y asegurados. Aquella escena de sangre fué espantosa, y si no perecieron todos bajo la furia de los asesinos, fué porque algunos pudieron encerrarse en diversas bodegas ó cuartos, cuyas puertas atrancaron con los objetos que dentro habia, aunque temiendo que viniesen á tierra á

1810. los furibundos golpes que daba la multitud
 Noviembre. sobre ellas para derribarlas. Todo, sin embargo, hubiera sido inútil para salvarse, si en aquellos mo-

mentos no hubiera corrido la voz de que Calleja llegaba. Al escucharla, los asesinos se pusieron en fuga, y los desgraciados que habian esperado por momentos ver entrar á los que querian sacrificarles, aprovechando aquellos instantes que juzgaron enviados por la Providencia, salieron del edificio y corrieron á refugiarse al convento inmediato de Belen y en varias casas particulares que les acogieron con ardiente caridad. Ciento treinta y ocho fueron las victimas que perecieron á mano de la desenfrenada plebe, segun la informacion que por órden de Calleja mandó hacer el intendente Marañon (1). Entre esas victimas se hallaban el asesor de la intendencia don Manuel Perez Valdés; D. Vicente Barros de Alemparte, teniente coronel del regimiento de la Reina; D. Francisco Camuñez, mayor del mismo cuerpo; D. Francisco Rodriguez, que, no obstante ser anciano y ciego, fué llevado preso de Pénjamo á la alhóndiga; D. Pablo y don Antonio Maria de la Rosa, ambos hijos del país, D. José Antonio Apesteguia; D. Vicente Aguirre; D. Ramon Argons, que, aunque logró salir del edificio en los momentos del degüello, fué alcanzado y asesinado por la plebe, quedando su cadáver tirado en la calle; D. Agustín Cañas, administrador de alcabalas de Salamanca y su esposa, señora gallega, que quiso acompañarle en la

(1) Estos excesos cometidos por las turbas dejan ver claramente que Allende habia salido de Guanajuato la tarde anterior al dia en que entró Calleja, pues si hubiera permanecido en la ciudad, no hubiera permitido las sangrientas escenas cometidas por la plebe, pues siempre se opuso á ellas, como hemos visto en San Miguel y en Valladolid.

prision y de cuyo cadáver llegó á decirse que abusaron
1810. torpemente los asesinos. Su hija, que tam-
Noviembre. bien habia ido por acompañar á su marido que, como su padre, se hallaba preso, fué la única de la familia que quedó con vida, aunque herida gravemente y desnuda. La desgraciada fué conducida, cuando se alejaron los asesinos, á la casa de unas personas de buena posicion social y cariñosas, envuelta en una sábana llena de sangre. Se hallaba como demente, manifestándose insensible á sus heridas, á la penosa curacion y al dolor. Ocupada su imaginacion con el horrible espectáculo que habia presenciado, no veia ante sus ojos mas que el cadáver de su esposo, de su padre y el de su querida madre, despues de haber perdido toda su fortuna (1). A todos los cadáveres dejaron completamente desnudos y tirados en el suelo. Las camas, los tercios de ropa que se encontraban aun depositados en el edificio, todo cuanto habia de algun valor fué saqueado por los asesinos, y del teatro de aquella espantosa escena «se veia salir», dice D. José María de Liceaga, en sus *Adiciones y Rectificaciones*, «á los pelotones de la plebe con las lanzas y puñales escurriendo la sangre, y con los colchones y toda la ropa que sacaban muy ensangrentada». Entre los que se salvaron de la matanza por haberse encerrado, como he dicho, en las bodegas ó trojes que atrancaron fuertemente, se encontraban muchos de los primeros españoles aprehendidos en Dolores y en San Miguel, de donde eran vecinos. Los

(1) La casa á donde fué conducida la referida jóven era la de D. Lucas Alman, quien refiere en su *Historia de Méjico* este doloroso suceso.

principales fueron D. Domingo del Berrio, D. José Landeta y D. Manuel Isasi, á quienes, como tengo dicho en el tomo anterior, debian Allende y Aldama, el primero su educacion y su suerte, y su caudal el segundo que, con la proteccion de los últimos, habia logrado hacer. Tambien se salvaron D. Marcos y D. Domingo Conde, capitanes del regimiento de la Reina, aunque gravemente herido el primero; D. Tomás Ignacio Apesteguia, don Vicente Gelati, D. Juan Lecanda, de Dolores, y tres vecinos del mismo Guanajuato que fueron el capitan don Manuel de la Escalera, D. Pedro Fernandez y D. José Vega. Igualmente lograron salvarse los presos que estaban en el oratorio de San Felipe Neri, antiguo colegio de los jesuitas, conocido generalmente con el nombre de la Compañía. Se hallaban en ese local porque al siguiente dia de haber entrado en Guanajuato el cura Hidalgo, se enviaron á Irapuato á D. Joaquin Pelaez, capitan del regimiento del Príncipe, D. Juan José García Castrillo, D. N. Flores y D. Mariano Tercero. Allí permanecian; pero cuando se tuvo noticia de que se acercaba Calleja á Irapuato, se les volvió á llevar á Guanajuato, á excepcion de D. Mariano Tercero que nunca volvió, y se les puso en el expresado oratorio de San Felipe Neri. Estos presos, al saber que la plebe se hallaba en la alhóndiga vertiendo la sangre de los allí encerrados, temiendo sufrir la misma suerte, se escondieron en la bóveda de la iglesia que servia de sepulcro, donde permanecieron durante toda la noche, esperando ver entrar de un momento á otro á la enfurecida plebe.

1810. Calleja pasó la noche en Valenciana, ocupando una posicion ventajosa que le proporcionaba los medios de batir á la ciudad, sin poder recibir daño de ella, en caso de que intentasen hacer resistencia en la plaza al siguiente dia. Como la ocupacion del punto la habia verificado poco despues de media tarde, el capitan de los voluntarios de Celaya D. Antonio Linares, le instaba á que se tomase la ciudad antes de ponerse el sol, para poder salvar así á los presos españoles cuyas vidas consideraba en inminente peligro; pero Calleja le contestó, que bastaba por aquel dia con lo que se habia hecho, pues excedia á lo que todos esperaban (1). El conde de la Cadena permaneció con su division en el cerro de San Miguel y las Carreras. Calleja, no queriendo hacer cambio ninguno por entonces en la autoridad establecida por el cura Hidalgo en Valenciana, hizo llamar á la persona que ejercia la autoridad, y le dijo que continuase desempeñando las funciones del cargo que le habia confiado el caudillo de la revolucion, dándole el bando de indulto y el edicto de la inquisicion contra éste, para que al siguiente dia los publicase y fijase en los puntos de costumbre. Don Casimiro Chovell, los padres capellanes de la mina, y otros varios individuos que por haber tomado una parte activa en la revolucion, se hallaban temerosos y dispuestos á huir en aquella misma noche, se tranquilizaron en vista de los referidos documentos, y se quedaron en sus casas juzgándose seguros.

(1) Dice D. Lucas Alaman que así se lo refirió el mismo Linares, de quien era amigo.

1810. La ciudad de Guanajuato, entre tanto, es-
 Noviembre. taba envuelta en la oscuridad y en el pavor. Las sangrientas escenas de la alhóndiga tenian afectado profundamente al vecindario, y las familias decentes se hallaban inquietas, temiendo nuevas desgracias. «La plebe, en pelotones, desde el fin de la tarde en que habia cesado el fuego de la artillería, con el mas terrible furor y desenfreno recorria las calles, amenazando y gritando mueras, dice un testigo ocular de los hechos (1), lo que aumentaba el terror de las familias, temiendo fundadamente que se arrojaran á derribar las puertas de las casas y á cometer dentro de éstas todas las violencias, desórdenes y tropelías que eran de esperarse, cuando no habia quedado autoridad ni fuerza alguna que lo impidiera: de suerte que esa noche fué la mas funesta y horrorosa, y que la aficcion y angustia de los vecinos llegó á tal grado, que podria reputarse como la mas penosa y lamentable agonía.»

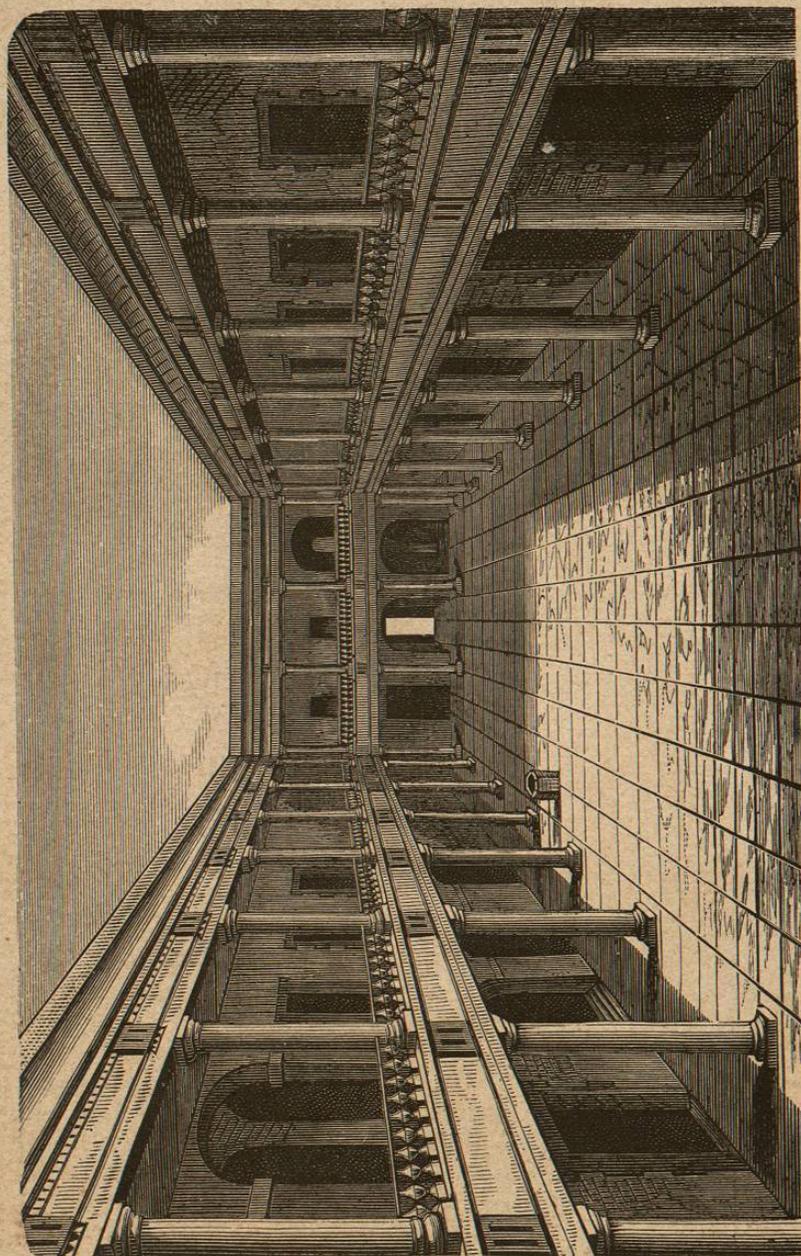
Esta penosa situacion creció notablemente á las tres de la mañana del siguiente dia 25 de Noviembre. El fuego de cañon se escuchó en esa hora, hecho por una pieza de grueso calibre que los independientes tenian situada en el cerro del Cuarto. Los tiros eran dirigidos á la division del conde de la Cadena. Flon hizo que se respondiese al fuego de los contrarios desde el cerro de San Miguel con una de las piezas de artillería de las quitadas el dia anterior á los independientes, y los disparos fueron siendo cada vez mas activos de una y

(1) Don José María Liceaga en sus *Adiciones y Rectificaciones*.

otra parte. Las balas pasaban silbando por encima de las casas de la poblacion, y su aterrador silbido aumentaba la angustia de las personas pacíficas que habian pasado en continua vela las penosas horas de la noche. Al brillar la luz primera del dia, Calleja emprendió su marcha hácia la ciudad, y bajando á un punto que juzgó conveniente, mandó situar en él dos cañones para batir el cerro del Cuarto. La pieza de grueso calibre que los insurgentes tenian en ese punto, estaba dirigida, segun se dijo, por un norte-americano, y los tiros de ella molestaban el paso por la calzada de Valenciana. Poco duró el obstáculo. A los primeros tiros dirigidos por los artilleros realistas, quedó desmontada la pieza, y las tropas independientes abandonaron el cañon y emprendieron la fuga, viéndose atacadas terriblemente por tropas de infantería y caballería. En este ataque murieron dos granaderos realistas del regimiento de Celaya, no por el fuego de los contrarios, sino por un tiro que casualmente se le fué á uno de sus mismos compañeros. Eran las ocho y media de la mañana cuando se desalojó á los independientes de ese último punto. Libre Calleja del único obstáculo que se oponia á su paso, continuó avanzando por el camino de las minas, mientras el conde de la Cadena bajaba por el de las Carreras. En los momentos en que el general realista acababa de
 Noviembre. hacerse dueño del cañon con que los independientes le disputaban el paso y emprendia su marcha de avance hácia la ciudad, se le presentó uno de los españoles que habian logrado salvarse de las escenas sangrientas de Granaditas. Se llamaba D. Andrés Otero, y

habia pasado la noche escondido en el coro del convento de Belen, inmediato á la alhóndiga, esperando el momento oportuno de salir. Conmovido aun por las horribles escenas que habia presenciado, refirió al general realista los espantosos asesinatos cometidos en la alhóndiga por la plebe (1). Calleja, al escuchar el doloroso relato, se llenó de indignacion. Supo entonces que varios individuos de la mina de Valenciana habian tomado parte activa en la defensa de las posiciones tomadas el dia anterior: que el administrador de ella D. Casimiro Chovell, habia levantado un regimiento, del que era coronel, que habia intervenido en la fundicion de cañones, y que fué uno de los directores mas activos de los barrenos dados para sepultar á las tropas realistas bajo las enormes piedras desprendidas al hacer la explosion; que D. Ramon Tavie, teniente coronel del mismo cuerpo de Chovell, habia intervenido en todos los asuntos de fortificacion y defensa, y que no tenia menos méritos para la causa de la revolucion D. Ignacio Ayala, cuñado de Chovell, y mayor del regimiento levantado por éste.

(1) Don Lucas Alaman en su *Historia de Méjico* dice que «antes de salir de Valenciana recibió Calleja la noticia de la matanza de los presos en la alhóndiga»; pero que no fué así se ve por lo que asegura el mismo Calleja en el parte enviado al virey. Despues de decir que situó sus tropas por la noche en Valenciana, recelando que aun trataban de defenderse los independentes, «por no recibir noticia alguna de la ciudad estando tan inmediata», añade que «no se engañó en sus recelos, pues á la mañana siguiente empezó á tirar el cañon del enemigo.» Como se ve, no tuvo durante la noche la menor noticia de lo que pasaba en la ciudad, ni aun al amanecer del siguiente dia. Calleja refiere en seguida la toma del cañon situado en el cerro del Cuarto, y añade luego: «Sin



INTERIOR DE LA ALHÓNDIGA DE GRANADITAS (GUANAJUATO)

Inmediatamente libró Calleja una orden á la autoridad de Valenciana para que los prendiese así como á otros varios individuos del lugar, y envió la fuerza necesaria para que los condujese presos á Guanajuato. Dada esta disposicion, que se cumplió exactamente, pues fueron aprehendidas todas las personas indicadas, el general realista, deseoso de cerciorarse de lo que habia pasado en el ensangrentado edificio, teatro de terribles escenas desde el principio de la revolucion, apresuró el paso de

1810. marcha sobre la ciudad. Al llegar frente á
Noviembre. la alhóndiga de Granaditas, lugar de la catástrofe, se convenció de la realidad del infausto suceso. El capitán del regimiento de Puebla, D. Francisco Guizarnótegui (e) que iba de descubierta con una fuerza de caballería, y que ignoraba el trágico acontecimiento, entró con doce dragones á la alhóndiga, cuando al llegar á ella oyó decir que se habian cometido los crímenes que el lector conoce. En los momentos en que Calleja se aproximaba, salió del edificio Guizarnótegui, y se dirigió al encuentro del general conduciendo presos á seis ó siete

detenerme continué mi marcha á la ciudad, lleno de dolor por la noticia que acababa de recibir de que la plebe por sí, ó ingerida por los insurgentes, habia manchado sus manos en la inocente sangre de mas de 150 entre americanos y europeos.» La fatal nueva, la recibí, pues, bien en los momentos en que se tomaba la batería ó pocos instantes despues; pero nunca antes de salir de Valenciana, pues entonces hubiera puesto que salió de este punto lleno de dolor. Tampoco es verosímil que el español D. Andrés Otero «hubiese pasado la noche oculto en el coro de la iglesia de aquella mina», de Valenciana, como asienta el Sr. Alaman, pues hallándose en aquel punto Calleja desde las cinco de la tarde, no tenia necesidad de estar escondido, cuando ningun motivo de temor existia allí.